



Reseña

Liesbeth François. *Andares vacilantes. La caminata en la obra de Sergio Chejfec*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, Ensayos Críticos, 2018.

Las andanzas de un peregrino

Edgardo H. Berg¹

A finales de los años '80 del siglo XX, el escritor argentino Sergio Chejfec comenzó a adquirir cierta visibilidad a través de sus breves y polémicas intervenciones en *Babel. Revista de Libros*, dirigida por ese entonces por Martín Caparrós y Alejandro Dorio, y por las recepciones críticas que el propio grupo generacional realizó sobre su primera novela publicada en el año 1990 por la editorial Punto Sur (las notables lecturas sobre *Lenta biografía* de Alan Pauls y Carlos Eduardo Feiling así lo ilustran). A partir del madrinazgo intelectual y la apuesta sostenida en el tiempo con sus notas críticas y reseñas por parte de Beatriz Sarlo y con posterioridad, a través del surgimiento de una nueva camada de investigadores y críticos, nacionales y extranjeros, la obra del autor comenzó a colocarse en el centro del debate literario argentino de las últimas décadas. Con la llegada al mercado editorial español de su novela *Mis dos mundos* (2008) a través de la edición realizada

¹ **Edgardo H. Berg** es docente, investigador y director del Grupo de Investigación "Literatura, política y cambio" de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Es autor, coautor y editor entre otros ensayos de *Cicatrices sobre un mapa. Homenaje a Rodolfo Walsh* (2018), *Intervenciones* (2016), *El sentido de la experiencia. Literatura, memoria y testimonio en la Argentina de los '90* (2012), *Ricardo Piglia: un narrador de historias clandestinas* (2003) y de *Poéticas en suspenso: migraciones narrativas en Ricardo Piglia, Andrés Rivera y Juan José Saer* (2002). Actualmente, está en vías de publicación su ensayo sobre la obra del escritor argentino Sergio Chejfec.

por la editorial Candaya conjuntamente con la consideración crítica de la revista literaria *Quimera* (enero de 2009) que destacó al texto narrativo de *Chejfec* como una de las dos novelas más importantes del año, hacia la primera década del siglo XXI proliferaron un sin número de reseñas, breves ensayos y artículos críticos sobre la obra del autor; en particular sobre sus últimos ensayos y textos narrativos. No es difícil advertir que la apertura de los nuevos enfoques críticos sobre la obra de *Chejfec* va de la mano con la paulatina entrada al mercado internacional de su producción literaria y es concomitante con ella.

Sin temor a equivocarnos, podemos afirmar que la producción literaria de *Chejfec* puede considerarse como una de las propuestas literarias más singulares de la literatura argentina actual. Apartado de los caminos sedentarios del sentido común y de las lecturas previsibles, sus novelas trazan un camino, una lectura viajera y migrante, en donde las evidencias sólo se reconocen en las vacilaciones de un saber aproximativo y parcial. Sus textos, aporéticos y tendientes a la indeterminación, poseen algo de la expresión enigmática e irresuelta de las piezas talladas por la artista venezolana Rafaela Baroni, protagonista de la novela que el autor escribió como homenaje en el año 2007. Esa poética única y singular que el autor ha ido construyendo en todos estos años puede leerse, si se quiere, a partir de la inscripción de una grafía del camino, donde el paseo y los itinerarios por los diversos escenarios urbanos definen gran parte de su narrativa.

Podríamos afirmar que en *Chejfec* no hay narración sin caminata; siempre se camina para narrar. Y, , sus novelas y relatos construyen cierta ficción teórica sobre el arte de caminar que es paralelo y homologable al acto de escribir (o a la noción de escritura que se despliega en sus textos). La manía ambulatoria de sus personajes y los ritmos demorados de sus caminos urbanos (que son también los ritmos y los ralentíes de su escritura) de algún modo, describen y señalizan la exploración narrativa del autor. Las retóricas caminantes y las figuras del desplazamiento (los recorridos, los itinerarios, las caminatas, los paseos, los rodeos, el vagabundeo y las marchas, las idas y vueltas de sus personajes), que reaparecen una y otra vez en sus novelas,

inscriben textualmente el mapa cognitivo de una exploración sobre el mundo contemporáneo, tan provisoria como irresoluta. El paseo no es sólo un motivo narrativo, sino también un tic lingüístico, una experiencia táctica y un anclaje enunciativo que alcanza por momentos la categoría de una poética y hasta de una estética. Esa estética móvil y en constante desplazamiento entre los distintos bordes del camino, presupone un modo de entender la literatura y un recorte singular de los objetos de la experiencia literaria (los sistemas de referencia, la topografía de franjas móviles, las coordenadas espacio-temporales y la relación narrador-personajes).

Andares vacilantes. La caminata en la obra de Sergio Chejfec de la investigadora Liesbeth François salió publicado, bajo la forma del ensayo académico, por la editorial Beatriz Viterbo en octubre del año 2018. El texto, como bien lo sugiere el título, retoma la retórica del paseo como un modo obsesivo e insistente en la obra del autor que define, al mismo tiempo, los ritmos y el modo de ser de su poética. Haciendo un pormenorizado y exhaustivo rastreo histórico y sociocultural de los orígenes de la práctica peripatética, la autora se concentra en los modos y anclajes del errabundeo y en las diversas prácticas del nomadismo como puntos de entrada y claves de lectura para entender la obra de Chejfec. Dentro de la extensa producción del autor, François analiza y se detiene en tres novelas que corresponden a tres tiempos y tres momentos bien diferenciados, a saber: *El aire* (1992) *Boca de lobo* (2000) y *Mis dos mundos* (2008). El análisis de las tres novelas a lo largo de todo ensayo bien puede pensarse –y así lo sugiere la autora– como una plataforma móvil desde donde poder leer y establecer los contactos y las diferencias, las repeticiones y las variaciones con los otros textos narrativos del autor.

El exhaustivo recorrido teórico e histórico de los modos de deambulación por el espacio y de la exploración urbana, en el ensayo, tiende a cruzar los saberes y las prácticas simultáneamente con las series culturales y literarias. En este sentido, los itinerarios que transita la autora son múltiples y multiformes y van desde las andanzas filosóficas y literarias de la Antigüedad, pasando por los recorridos caminantes en la Edad Media, los

paseos del Romanticismo y otros tantos de la Modernidad hasta llegar a las actuales prácticas andariegas en la contemporaneidad. Enumeraciones que parecen no cerrar en ningún límite preciso; los ejemplos se expanden y propagan al infinito literario: de Montaigne a Rousseau y de este a Goethe, de Goethe a Wordsworth y de este a Coleridge, de Poe a Baudelaire y de Baudelaire a Breton y de este a Joyce y de Joyce a Walser y cruzando los hemisferios y las referencias cardinales irá prontamente de Walser a Arlt y de Arlt a Borges y de Borges a Marechal y de este a Cortázar para llegar definitivamente, luego de incansables rodeos por calles y embragues teórico-literarios a nuestro autor, Sergio Chejfec.

Las pantagruélicas y exuberantes citas teóricas que proliferan como prótesis o andamiajes críticos (Christina Komi-Kallinicos, Wolfgang Haller, Robert Tally, Rebecca Solnit, Volker Georg Hummel, Angelika Wellmann, Michel de Certeau, Guy Debord, Raoul Vaneigem, Tim Cresswell, Martin Heidegger, Iouri Lotman, Zygmunt Bauman, Michel Foucault, Gilles Deleuze y Félix Guattari, entre otras tantas referencias que incluyen además algunas criollas señalizaciones que pueden ser pensadas en el desvío como antecedentes del trabajo) sirven de apoyo a la autora para abordar con firmeza crítica la caminata, en tanto herramienta conceptual y forma de orientación de un modo singular de la experiencia estética y, al mismo tiempo, como una práctica espacial y un modo singular y unívoco de la escritura. El portentoso e incansable despliegue de ensayos críticos precedentes con que la autora dialoga –basta revisar las notas al pie o las voluminosas referencias en el cuerpo del ensayo–, avizorado desde el comienzo, parece confirmar lo que intuimos ya en las primeras páginas del libro. Al finalizar el volumen percibimos la dimensión textual acorde con las más de trescientas páginas que hemos recorrido con nuestra fatigada lectura. Sin temor a equivocarnos, podríamos afirmar que *Andares vacilantes* configura un perfecto manual o atlas sobre las figuras de la deriva y del desplazamiento (el despliegue bibliográfico inusitado que justifica la enumeración superabundante del apartado final legitiman esta aseveración) que contribuyen teóricamente con sus múltiples entradas al estudio de

cualquier caminata posible o imaginada, sean cuales fueran las andanzas del peregrino a través del tiempo (sea a ras del piso o con ayuda de algún mapa digital, sea la *peregrinatio* del viejo *flâneur* decimonónico o la del actual *ciberflâneur*).

¿Cómo entender entonces los infinitos rodeos por el espacio urbano y las figuras del desplazamiento en la obra de Chejfec, más allá de la “deixis reflexiva” y los diversos encuadres teóricos que establece François en su ensayo? ¿Cómo aproximarse críticamente a la manía ambulatoria (la expresión, cabe recordarlo, es de Bernardo Kordon, otro andante y explorador ciudadano) de los personajes y a los ritmos demorados del camino a lo largo del trayecto narrativo que propone el autor? ¿Cómo abordar los eslabones del viaje de un pensamiento que se desgrana mientras se desenvuelve? O para decirlo de una vez y de un modo repentino, ¿qué es caminar en Chejfec?

Luego del hiato inicial (la ausencia de su mujer, Benavente), las caminatas que inicia el protagonista de *El aire* escenifican, para la autora del ensayo, la paulatina problematización de las categorías y marcos de referencia (el cálculo y la medición como herramientas habituales de su conceptualización) con que intenta acceder al mundo que lo circunda. Si Buenos Aires se ha “latinoamericanizado” es porque se mueve progresivamente hacia el principio pretérito del espacio liso (la autora recurre como en páginas anteriores al concepto de *espace lisse* de Deleuze-Guattari), bajo el crecimiento incontrolable de la naturaleza. Si en Barroso, François ve una “crisis epistemológica” de los mitos modernistas acerca del *flâneur* y de la vida en la metrópolis en general, producto de su incapacidad de cambiar su posición frente a las transformaciones urbanas que registra; en *Boca de lobo* se percibe la disolución del clásico tópico del *locus amoenus* en los encuentros furtivos de los amantes (Delia y el narrador). Como lugar de intercambio y transacción narrativa, la autora a partir de ahí se detiene en la carga política que presupone el espacio de la fábrica como régimen de sentido y articulación de la soberanía de los cuerpos enajenados. Es así como la violencia del narrador sobre el cuerpo de Delia es leída en clave simbólica

y narratológica. Es así como el problema de la representación de quien narra o cuenta se puede pensar a partir de una doble traición: el cuerpo femenino (violado) es un modo de extraer el legado de una comunidad ajena al universo letrado. Esa violencia no es sólo física (el cuerpo violado de la niña Delia), sino también discursiva. Entre órdenes y mundos distintos, la autora ve una escisión, una diferenciación deleuzeana (ahora en tanto espacio estriado o *espace strié*), entre la apertura del espacio diferencial y abierto y el espacio cerrado definido por el trabajo y el mundo fabril. A la idea de la caminata como exploración de una comunidad obrera yuxtapone otro camino alternativo de liberación de todas las moralejas y presupuestos realistas; un itinerario entre el deseo y el sueño, que recuerda las incursiones dadaístas. Finalmente, con *Mis dos mundos* arribamos a la deconstrucción de las idealizaciones románticas y modernistas de la caminata. Y el paseo por un parque brasileño indeterminado, luego que el narrador presentara su novela en una Feria del Libro local, se transforma y pone de manifiesto el fin de las certidumbres literarias. Entre la determinación y la indeterminación, entre la exterioridad y la interioridad, en tanto mundos que se intentan ligar pero que son irreconciliables, emerge la impostura de la figura del escritor. Y el agotamiento del tic físico y social (la caminata) se amalgama con el desinterés o el bloqueo que manifiesta el escritor (narrador) ante el pudor de exhibir sus anotaciones literarias en una libreta.

Es así como la conciencia de la caducidad de la relevancia social de la literatura en la contemporaneidad disuelve las ilusiones asociadas a la caminata. Sin desciframiento o recuperación de las experiencias, sin epifanías ni iluminaciones profanas, los restos y huellas del recorrido se parecen, en más de un sentido, a los dibujos y animaciones del artista sudafricano William Kentridge (la autorrepresentación que exhibe de un modo nítido y patente la novela): simulacros de caligrafía, dibujos y bocetos difumados. Cuadros móviles y recorridos de una escritura viajera que se deshace y sólo deja marcas pasajeras.

Hacia el final del ensayo, François hace dialogar las tres novelas analizadas en sendos capítulos con otros textos de Chejfec. Así *Cinco* (1995)

Los *incompletos* (2004), *Baroni: un viaje* (2007) o *La experiencia dramática* (2012) retoman la metáfora narrativa de la caminata como una forma de escenificar la experiencia resbaladiza que desarticula cualquier intento por estabilizar y fijar el criterio de lo real; un movimiento vacilante que al andar problematiza el cierre conclusivo del pensamiento. Esos itinerarios urbanos que transitan los personajes o el narrador evaporan, según la autora, toda delimitación espacial y existencial. Y si es posible hablar de una ética narrativa en Chejfec, esa ética sirve, en la mayoría de los casos, para complejizar lo existente en cuanto tal y erradicar las presuposiciones que informan nuestro mundo. Como puntos y líneas quebradas sobre el espacio, los protagonistas de esta danza por la ciudad redibujan la cartografía del presente e imaginan los falsos parecidos. Visibilizan la marcha del pensamiento (en tanto marcación escrituraria de un ensayo, una experimentación o una caminata) las huellas pasadas-presentes o inscriben los puntos de un tiempo extensible en infinitos espacios, con sus comienzos y paradas sucesivas.